

Cuadernos del Sur

Año 21 - N° 38/39

Mayo de 2005

www.cuadernosdelsur.org.ar

Tierra
del  fuego

Tiempos del Presente Horarios del Pasado



Desde hace un largo cuarto de siglo un nuevo fantasma recorre el mundo: “chômeurs” en Francia; “unemployed” en los países de habla anglosajona; “parados” en España; “disoccupati” en Italia; “Arbeitslose” en Alemania; “desempregados” en los países de habla portuguesa; “desocupados” en nuestra América latina.

Son algunas de las distintas expresiones idiomáticas para nombrar la desocupación masiva. Ese producto del capital en su fase neoliberal, que excluye de la producción y del consumo a millones de hombres y mujeres en todo el mundo.

Esta realidad encuentra su contraste en la existencia de millones de esos hombres y mujeres que solo viven de su trabajo, que se ven obligados a extender su jornada a 45, 50, 60.. horas semanales.

El desempleo estructural de larga duración convive con la sobreocupación horaria.

Esta coincidencia es producto de la lógica de la acumulación y reproducción de capitales en este período histórico: a la par que expulsa masivamente fuerza de trabajo del mercado, tiende a sobreexplotar a los que permanecen en él.

El capital se muestra así como un propietario insaciable del tiempo ajeno.

Y es que no puede resolver la crisis (su crisis) y crear empleo al mismo tiempo; no puede crear empleo y al unísono controlar la inflación. Por el contrario, para él toda salida de la crisis conlleva fuertes incrementos de la productividad, y la innovación tecnológica no es suficiente.

Esto es lo que explica que en estos tiempos, el 80% de los nuevos puestos de trabajo creados en el mundo lo son en el sector informal, porque es allí, en el marco de la desprotección, que se extienden inde-

finidamente las jornadas, se expande la precariedad, se anulan los derechos sindicales y se baja el piso material en que viven y reproducen su existencia las masas asalariadas.

Es esta dramática realidad la que ha vuelto a colocar la Reducción del Tiempo de Trabajo (RTT) en los debates políticos contemporáneos. Para generar nuevos empleos pero también para que el mundo del trabajo se reapropie del tiempo de vida que el capital le expropia. Recuperar tiempo propio para recomponerse física y psíquicamente, pero también para dedicarlo a su vida familiar, a su recreación, a su elevación cultural, y también para la actividad sindical y política, sin la cual no hay ningún cambio posible.

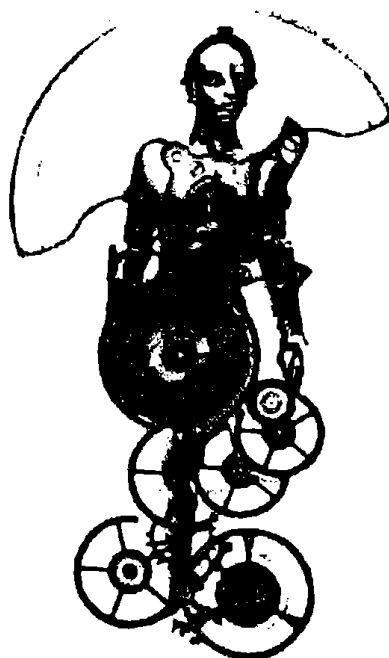
Cuando este número de *Cuadernos del Sur* llegue a manos de sus lectores se habrá conmemorando un nuevo Día Internacional de los Trabajadores, un nuevo aniversario de aquel primer Primero de Mayo, y otra vez el tiempo de trabajo está en el centro de la acumulación capitalista. Que es una forma, como producto de las contradicciones inherentes al sistema, de reafirmar la centralidad del trabajo en el mundo del capital.

De ahí que quienes plantean la necesidad de cambiar este estado de cosas enfrentan nuevos desafíos. Desafíos que fueron acertadamente sintetizados por Ernesto Herrera en un "dossier" sobre el tema publicado en la revista colega *Desde los 4 puntos*¹:

¿Cómo reactualizar la cuestión del tiempo de trabajo, de su contenido, de su reducción, de su relación compleja con el tiempo libre? ¿Cómo permitir que el tiempo de trabajo y su organización no sean vividas por los/as asalariados/as como una fatalidad, en lugar de como una apuesta?

Como un aporte a estos necesarios debates, y como continuidad de los artículos dados a conocer en los números 19, 20 y 29, *Cuadernos del Sur* publica este "dossier" sobre una cuestión que consideramos central para la reorganización del mundo del trabajo en su confrontación contra el capital y el Estado.

EDUARDO LUCITA
Mayo 2005.



Notas

¹ *Desde los 4 puntos*, n° 22-23, edición especial. Enero/Marzo 2000. México DF.

Tiempos modernos, horarios antiguos*

Pietro Basso**

En los países capitalistas más desarrollados, las empresas se oponen con vigor a la reducción del horario de trabajo. Por el contrario, una tendencia adquiere un vigor creciente: la extensión del tiempo de trabajo medio de los asalariados ocupados, además de la intensificación del trabajo y de la variabilidad de los horarios. Así pues, es tiempo de tratar de precisar las causas de ese fenómeno que no es de orden coyuntural.

Explicaciones nulas o insatisfactorias

La doctrina socioeconómica dominante es, a la vez, incapaz de cumplir esta investigación y no está interesada en conducirla. Por esa razón, en el conjunto de sus escuelas y de sus diversas corrientes, un axioma se

afirma: en el cuadro de la economía de mercado, los avances de la ciencia, de la técnica y de la productividad del trabajo deben necesariamente transformarse en tiempo libre para la masa de asalariados. W. Grossin afirma, por ejemplo, traduciendo esta opinión hegemónica: "A largo plazo, los efectos de la tecnología son indiscutibles: ellos se traducen en disminución del tiempo consagrado al trabajo". A partir de una tal convicción, sólo puede resultar la negación o la subvaloración del problema examinado, la prolongación del tiempo de trabajo efectivo.

Esta cuestión es tratada como una anomalía de carácter contingente o, en el mejor de los casos, es abordada de manera parcial. Eso tanto más que en el momento donde la "reina" de las teorías sociales hoy en día, la teo-

* El artículo fue extraído del libro *Tempi moderni, orari antichi. Il tempo di lavoro a fine secolo*, Editorial Angeli, Milán, 1998. Traducción del italiano por Emmanuel Mejía para su publicación en Desde los 4 Puntos.

** Profesor del Departamento de Filosofía e Historia de la Ciencia de la Università Ca'Foscarì de Venecia, Italia.

ría económica, está colonizada por el neoliberalismo que ha aplastado el keynesianismo. El neoliberalismo representa la modalidad de la teoría social dominante que llevó a un nivel de radicalidad jamás alcanzado antes la naturalización de la economía de mercado, a saber la transformación de una forma histórica, particular, transitoria, de la organización económica de la sociedad que es el capitalismo en una entidad meta histórica, descendiendo directamente de la “naturaleza humana”, eterna. Para los profetas neoliberales, el mercado es la solución natural de todos los problemas humanos, económicos y no económicos, en tanto que lo dejemos operar libremente en su espontaneidad. Si esta condición es respetada, ningún límite está impuesto a la libertad individual y al desarrollo social. He ahí porque la sumisión “a las fuerzas impersonales del mercado” (como las califica a justo título Von Hayek) debe ser entera y sin condición, una especie de acto de fe como tal. Para el neoliberalismo, la “libre empresa” es la encarnación visible del mercado. La libertad de mercado, de capital, exige la absoluta libertad de la empresa. Del funcionamiento de esta última surgirán todas las clases de bienes. Por el contrario, de querer colocarla bajo coacción o trabas, resultarán todas las desgracias del mundo. Por ello, no faltan los enemigos de la libertad de la empresa y del mercado. Entre ellos, por tontería (en la

medida en que el Mercado es la Razón, y aún algo más) y por inmoralidad (dando que la M mayúscula de Mercado es por definición ética), podemos señalar el movimiento obrero con sus programas, sus organizaciones y sus sindicatos. Las crisis, el endeudamiento, el desempleo, la inflación y toda otra perturbación de la vida social, tales son las plagas que la clase de descreídos asalariados inflige a toda la sociedad y a ella misma cuando bloquea o niega el libre juego de mercado. Y la lista de enemigos de la libertad de mercado no se termina con los asalariados colectivistas. Se extiende a todos aquellos que hacen concesiones al “colectivismo”, aun en el sentido de “la solidaridad”, que, en la opinión neoliberal burguesa, equivale a un “corporativismo” ciego. El mercado podría, tal vez, no ser del todo perfecto. Pero toda alternativa no puede ser otra cosa que fuente de desastre. Es fácil de comprender. en un cuadro teórico tal, cual espacio puede existir no solamente para una discusión sobre el tiempo de trabajo, sobre su peso, su duración, su intensidad, pero más en general sobre las condiciones del trabajo asalariado. Para el neoliberalismo, el trabajo asalariado, por definición, no puede encontrar otras dificultades que las que el mismo crea, a partir de sus pretensiones injustificadas e irracionales. Por tanto, si uno quiere verdaderamente venir en ayuda al trabajo, hay que ayudarlo a liberarse de sus fanta-

sías enfermizas. He ahí el único y verdadero problema. Después de 20 años, con un éxito indiscutible, las políticas neoliberales se han dedicado alegremente a esta obra "libertadora" gracias a la intensificación de la competencia entre las empresas, entre las naciones, entre el Norte y el Sur del mundo, y entre todos los proletarios, esto ha contribuido fuertemente y contribuye a hacer más pesado y alargar el horario de trabajo. Mañana esto conducirá a formas de competencia intercapitalistas todavía más sangrientas. Para el neoliberalismo, libertad de mercado, libertad de las empresas, libertad y bienestar de la sociedad, y por tanto también de los asalariados, representan la misma cosa. Ellos son los eslabones de la misma cadena. El mejoramiento de las condiciones de trabajo no puede ser sino que el resultado exclusivo de la sumisión total de los trabajadores al mercado y a la empresa. Esta sumisión puede ser adquirida con su acuerdo o, si no es el caso, con la violencia y sin ninguna vacilación. No es por casualidad si la primera aplicación integral de las teorías neoliberales ha sido puesta en práctica en el Chile de Pinochet. El productor y realizador de esta (verdadera) "película de horror" fue el supercapitalismo norteamericano, y entre las primeras consecuencias materiales de esa política, se tiene la "precariedad y la inestabilidad de los recursos laborales" y los "aumentos desproporcionados de

los ritmos de trabajo del trabajo puesto en condiciones de inseguridad Industrial mas grande". Un enfoque como éste no puede permitir entonces la clarificación del problema que exploramos. La naturalización del mercado conduce a minimizar las contradicciones vividas por los trabajadores. Para el neoliberalismo, es natural que la "libre empresa" y el "orden concurrencial" aumenten al infinito las condiciones de vida de toda la sociedad "abierta" y del conjunto de sus miembros. Incluso los trabajadores. Es además natural que, según datos coyunturales, esas condiciones y antes de todo aquellas del trabajo, pueden empeorarse, ciertamente por causas exógenas al mercado. En uno y otro caso, la conservación de los horarios o la intensificación y alargamiento del tiempo de trabajo representan un problema que debe resolverse por sí mismo, dejando o devolviendo plena libertad al mercado. No hay que preocuparse de eso. La lucha para la disminución del tiempo de trabajo sería aun completamente contraproduktiva, además de ser contraria a los "imperativos morales" del mercado. Esa actitud antiobrera del neoliberalismo se arraiga en una larga tradición de la economía política. El mensaje es unívoco y perfecto desde la oposición de los "filántropos" manchesterianos Cobden y Bright a la introducción en 1847 de la ley sobre las diez horas, vía la hostilidad rencorosa de Marshall acerca de los

obreros de la metalurgia en lucha por las ocho horas, hasta las lecciones de 1933 dadas por L. Einaudi a Agnelli padre, sobre el carácter desastroso de la reducción general del tiempo de trabajo. Las cosas no cambian mucho cuando se consideran las “ideas” de Keynes y del keynesiamismo cuya confianza en el sistema de la economía de mercado no es, en última instancia, inferior a aquella manifestada por el neoliberalismo. El problema “de las necesidades y de la miseria”, de la “lucha económica entre las clases y los países” no es, según Keynes, otra cosa que una desgracia accidental cuya solución definitiva está al alcance del capitalismo a condición que ese último se dé una mejor organización. Por lo de la reducción del tiempo de trabajo, y Keynes no es ciertamente un paladín de ésta, él no encuentra ningún obstáculo estructural en contra de este objetivo en las reglas de funcionamiento de la economía de mercado. A largo plazo, el único impedimento serio a una reducción drástica del tiempo de trabajo y a su redistribución igualitaria (“los equipos de tres horas de trabajo por día y de quince horas por semana”) sería, según él, el desorden psicológico. La obstrucción no vendría del capital pero de “nosotros”, de todos nosotros, viejo Adán patológicamente ligado a su sobredosis de cansancio que habría que reeducar, desintoxicar de esa dependencia enfermiza al trabajo a fin de aprender a go-

zar de la “felicidad económica general”. La reducción general del tiempo de trabajo llega a ser así una cuestión esencialmente psicopedagógica. Sin embargo, Keynes es capaz de anticipar la posibilidad real de una disminución muy fuerte del tiempo de trabajo sobre la base de la evolución extraordinaria de la técnica. Pero lo hace al precio de una abstracción que se revela fatal: a saber aquella del uso capitalista imperativo de un tal avance técnico en el marco del capitalismo, y es el factor fundamental que impide que esa posibilidad real se realice. Nuestros “nietos” de 1930, aquellos que Keynes tranquiliza, tienen ahora el cabello blanco. Y no han podido entrever, ni con un telescopio la tierra prometida de las tres horas de trabajo diario. Es entonces que para nuestros nietos de los años 70 y 80 una nueva promesa tranquilizadora, ciertamente un poco menos aseguradora, nos llega gracias a Paul Samuelson: “históricamente las horas de trabajo se han progresivamente reducido como lo hemos ya dicho. En la industria americana el trabajo del sábado llegará a ser indiscutiblemente de más en más este caso.

Probablemente habrá una tendencia a aumentar las vacaciones pagadas. No porque las vacaciones tienen por efecto de aumentar la productividad de los trabajadores, sino porque las vacaciones de invierno o de verano procuran la alegría a aquellos que se benefician de estas. Una

de las vías elegidas para gozar de los frutos del progreso tecnológico consistirá, probablemente, a despejar un tiempo libre más grande. Seguramente nuestros nietos preferirán tener una semana de trabajo todavía más corta: pero eso reflejará una elección y no una necesidad”.

Esas cuantas líneas oscilando entre lo incierto y lo probable constituyen un ensayo de “ciencia social al estado puro”. Todo está indeterminado o inexacto. ¿A partir de qué mecanismo, de cuáles fuerzas sociales y en cuáles circunstancias las horas de trabajo “han sido progresivamente reducidas” a lo largo de este siglo? En realidad, en los Estados Unidos de la posguerra las horas de trabajo no han disminuido. El trabajo del sábado no ha llegado a ser más escaso. El número de los días medios de vacaciones no ha crecido ya sea en invierno o en verano.

Desde entonces, ¿a qué puede significar el hecho que nuestros nietos “elegirán” una semana de trabajo acortada (ya no se trata de la jornada muy breve: hay que llamar la atención sobre la manera en la cual ha sido redimensionada la promesa de Keynes)? ¿Significa eso que aquellos que lo “desearán” podrán tener derecho al trabajo a tiempo parcial con un salario igualmente parcial? He ahí la incógnita improbable “reducción” del tiempo de trabajo. Todo queda en lo indeterminado y es inútil ir en busca de respuestas menos

fugaces. Basta saber que en el futuro vamos a trabajar menos que actualmente.

Ciertamente incluso probablemente. Una gran parte de los “expertos” contemporáneos en cuanto al tiempo de trabajo, ante todo si son sociólogos, desarrollan un optimismo llegando hasta el descuido y, al mismo tiempo, una capacidad no inferior a la de Samuelson, de escapar al núcleo duro de la cuestión del tiempo de trabajo. Tomemos, por ejemplo, un R. Sue (pero para limitarse a Francia podríamos tomar un Aznar o un Gorz, el resultado no cambiaría mucho). Este último está convencido que ya hemos entrado en la época donde “el tiempo libre ha llegado a ser, y de mucho, el nuevo tiempo dominante” de la existencia humana. Pero no queremos todavía darnos cuenta de eso. Según él la contradicción frente a la cual nos encontramos es de orden cultural. Sólo un reflejo condicionado de tipo conservador hace que “la sociedad, en la representación de ella misma, se aferra desesperadamente al orden antiguo”, orden antiguo adentro del cual el trabajo y el tiempo de trabajo se encontraban todavía en el centro.

Sin embargo si la sociedad “pos-industrial” pospone, por causa de su atraso cultural, la perspectiva de ya no deber trabajar penosamente, ella puede y debe desprenderse de sus obsesiones laborales gracias a una operación adecuada de orden visionario.

Un nuevo paradigma cultural: he ahí entonces donde se encuentra la llave del cambio y hay que añadir a esto una política de promoción de los sectores que demuestran “utilidad social”. Sue y los sociólogos mencionados previamente, no toman en consideración que la economía de mercado no puede absolutamente dejar de tomar el tiempo de trabajo inmediato como “la medida de todas las cosas” aún cuando tal medida ha llegado a ser realmente obsoleta en el plano histórico; esa economía no puede hacerlo por razones orgánicas a su ser social y no por cualquier retraso mental superable gracias a una posmodernización integrada cerebralmente. La ley de la “utilidad” que reina en la sociedad actual y explica incluso el desarrollo del sector llamado cuaternario es la de la utilidad privada de la acumulación de los capitales. Con Sue reencontramos todo un espectro de sociólogos e intelectuales.

La economista americana J.B. Schor toma sus distancias con este conjunto de ilusionistas y escamoteadores. Ella percibe el problema en toda su gravedad y sabe reconocer que las resistencias a la reducción de los horarios de trabajo vienen de los empresarios y no de los trabajadores americanos quienes, en una muy amplia mayoría, están a favor de la reducción del tiempo de trabajo.

Para Schor la oposición de los industriales no parece ser debida a su falta de confianza en las relaciones

con los trabajadores (lo que queda como un factor de orden exclusivamente psicológico) o a la exigüidad de sus vistas (todavía un factor cultural) o al hecho de haber olvidado (¿es un déficit de conciencia histórica?) que “cada vez que la jornada laboral ha sido reducida, primero a diez después a ocho horas, la productividad del trabajo ha aumentado”. Al contrario, las actitudes culturales o psicológicas de los propietarios y gerentes del capital no salen de ninguna parte de sus cajas cráneas más o menos estrechas.

Ellas son el producto de las relaciones de producción en vigor y de la concurrencia entre capitales.

Si unos y otros rechazan nuevas reducciones de los horarios de trabajo con tanta determinación es porque, cifras en mano, ellos temen de no poder compensarlas con nuevos aumentos de productividad permitiendo mantener, por lo menos, intacto el nivel de las ganancias. J. B. Schor en verdad no evita de cuestionarse sobre el fundamento estructural “de los horarios prolongados”. Ella cree poder remitirlo a la compulsión estructural, a la consumación. Pero el origen mismo de tal compulsión debe ser explicado. Es aquí que se termina el análisis crítico de la investigadora americana. A pesar de todo, ella no logra desligarse de la lógica de la economía neoclásica que ha rechazado de su campo de análisis la fase de producción.

Ella termina así por situar la causa del alargamiento del horario de trabajo al exterior del modo de producción de las mercancías. Ella las sitúa en "la manía irracional consumista" cuya racionalidad le escapa en tanto que necesidad tanto para el proceso de acumulación como para la estabilidad social del capitalismo tardío. Hay que reconocerle, sin embargo, a diferencia de tantos otros autores, de haber entendido que la resistencia a la reducción del tiempo de trabajo no proviene indistintamente de toda la sociedad.

Pero proviene de una parte social bien determinada: la clase capitalista. En efecto, esa última, en todo el occidente, hace llamamiento, para justificarse, a la concurrencia, a las coacciones que la concurrencia internacional sobre un mercado ahora unificado ejerce también sobre los países más desarrollados. Su oposición a la disminución del tiempo de trabajo, incluso solamente a las 35 horas semanales, sea en Francia o en Italia o en cualquier otro lugar, es más determinada que nunca.

Palabras claras, razones oscuras

Debemos a un portavoz de primer plano de la patronal italiana la explicación más clara del carácter en nada fortuito de esta oposición. La cita de un artículo titulado "Las 35 horas anti-históricas" es un poco larga pero muy interesante: "En el de-

bate sobre la reducción del horario semanal legal a 35 horas, la afirmación más estúpida que ha sido elaborada es que la reducción del horario de trabajo sería una tendencia histórica irresistible que no valdría la pena contrarrestar. Al contrario, es exactamente porque fue una tendencia histórica que ese último tiende finalmente a ser frenado y a pararse completamente. En realidad, un proceso de reducción tiene evidentemente en sí sus límites, representados por la semana de trabajo a 0 horas. Creo que nadie puede pensar que sea posible que todos los trabajadores lleguen a ser rentistas que ganen sin trabajar. Y más que nunca no es posible creer que se puede trabajar por término medio 0 horas.

Desde entonces hay, por tanto, un límite absoluto que nunca alcanzaremos. Eso significa que el llamado tren histórico de la reducción del horario de trabajo (legal y de facto) está destinado a pararse. ¿Hasta cuándo? Es difícil decirlo. Pero es seguro que antes de acabarse el proceso de reducción del horario de trabajo tendrá que ir más despacio: eso significa, por ejemplo, que si ha necesitado 40 años para pasar de las 48 horas semanales a las 40 horas, la transición de 40 a 35 horas exigirá mucho más tiempo, tal vez 80 o 100 años. Desde entonces aquellos que prestan una atención a los procesos históricos y que afirman que la reducción del horario de trabajo es un

tren histórico, deberían decir que desde ahora nos encontramos no lejos del límite inferior y que cada reducción será un proceso muy lento.” Hay que felicitar fuertemente a este portavoz de la asociación patronal italiana por la claridad de su discurso (aparecido en el *Il sole-24 ore* que quiere compararse al *Financial Times* italiano). Seguramente su “argumento histórico” no vale casi nada. En efecto, si cada tendencia histórica debería, de manera imperativa, probar su realidad, pararse a la mitad de la pierna como los pantalones de un payaso, entonces, la historia estaría llena de tendencias anti-históricas y sería urgente ponerse a trabajar para revisar el concepto mismo de historia. ¿Qué decir, por ejemplo de la tendencia a la decadencia del imperio romano que, en lugar de acabar con Diocesiano (sus 35 horas) no ha querido escuchar razón hasta que llega a su punto cero (con Rómulo Agustinus)? ¿Y qué hacer con la tendencia a la decadencia del feudalismo que hubiera debido, tal vez, acabar la reforma, la primera de las guerras civiles teniendo un segundo plano burgués-popular, pero que no lo ha hecho y que ciertamente de manera muy lenta durante un cierto período luego de repente ha logrado su punto cero con dos siglos de revoluciones burguesas? “El argumento histórico” utilizado aquí tiene verdaderamente una fuerza cero.

A pesar de eso, en los dichos del

representante patronal hay un sentido agudo de la realidad. A diferencia de una gran parte de los “investigadores” especialistas que se adoran la píldora (no hacen nada), él sabe que la tendencia histórica a la reducción del tiempo de trabajo, en el marco del capitalismo, se ha parado progresivamente. No le pedimos, eso no nos interesa, de estar de acuerdo con nuestro análisis. Tomamos acto que, debiendo enfrentarse a cosas prácticas, él va directamente al objetivo y lo proclama claramente: para reducir el horario semanal, aun de 40 a 35 horas, se necesitará, si todo va bien, 80 a 100 años. Los empresarios del mundo occidental entero están de acuerdo. Los del Tercer Mundo podrían hacerlo a condición de añadir un otro cero: 800 a 1000 años. He ahí una claridad admirable. Una vez dejado a parte del argumento histórico de los más estúpidos, ¿cuáles son las causas de esa situación? Acerca de esto no hay sino un hallazgo. Los trabajadores no pueden pensar en vivir sin trabajar, como lo hacen los propietarios de los medios de producción y los apóstoles de la propiedad privada.

Ellos no pueden pensar en transformarse en rentistas porque rentistas hay ya en abundancia y es precisamente el trabajo de los asalariados el que debe mantenerlos. Hasta aquí la claridad permanece. Ella falta para lo que sigue. Una segunda cita nos aclara: “En particular [sigue nuestro re-

presentante patronal] siempre retomando la observación "histórica", la reducción del horario de trabajo medio y legal ha intervenido cada vez que se observaba un fuerte aumento del capital por persona empleada o, en otro término, una sustitución del trabajo por el capital. Esta sustitución ha permitido aumentar la productividad del trabajo, permitiendo atenuar los costos implicados por la reducción del horario de trabajo. Hoy no estamos más en esta situación. Nuestro mercado de trabajo está entre los más rígidos del mundo y el progreso técnico no genera un fuerte crecimiento, que sí reduce el número de puestos de trabajo". En esta afirmación ni un sólo término ocupa su lugar correcto. Entre 1917 y 1919, o en 1968-69, los dos períodos de este siglo donde se ha concentrado la reducción del horario de trabajo (en Italia), estas reducciones son el producto de la lucha de clases obreras. En ninguno de esos dos casos es el producto de un fuerte aumento del capital por persona empleada. En el primer caso, más precisamente, se había salido apenas de una gran destrucción de capital y de "empleados" [Primera Guerra Mundial]. Es verdad que inversamente, la reducción del tiempo de trabajo estimula (lo que ha pasado a lo largo del siglo XIX con la introducción de las 12 y luego 10 horas diarias) una reacción de las empresas para recuperar, gracias a un crecimiento de la productividad y de

la intensidad del trabajo, los márgenes de ganancias que han sido perdidos con la reducción del tiempo de trabajo, del sobretrabajo.

El aumento del capital fijo por persona empleada es, desde entonces, más una consecuencia que una causa de la reducción del tiempo de trabajo. En todos los casos, si el aumento del capital fijo hubiera sido verdaderamente la causa primera y automática de la reducción del tiempo de trabajo, no se lograría entender porque la reducción del tiempo de trabajo se ha parado cuando el capital fijo continúa, al contrario, creciendo sin pausa. Segundo aspecto de la cuestión.

Sobre el plano empírico, es exacto que el progreso técnico no crea "más" un fuerte crecimiento ni en el plano económico en general ni en el plano del empleo. Pero eso se produce en todos lados al menos que hagamos llamamientos a manipulaciones estadísticas. Después de 1974, la tasa de crecimiento de la economía ha caído en el occidente entero. Sería un poquito ilusorio imputar un fenómeno internacional de tal alcance a la rigidez del mercado de trabajo italiano. Hay que buscar otras razones de orden general para ese proceso. Además, es totalmente falso creer que la única posibilidad de reducir los horarios de trabajo reside en la flexibilidad, porque ella sola permitiría tasas de desarrollo más elevado. Los dos países

del occidente donde la flexibilidad es más elevada, Estados Unidos y Gran Bretaña, son aquellos donde el horario de trabajo aumenta más. En esos países nos encontramos el nivel de los horarios de los años 20, con 44 horas en Estados Unidos (45 en el sector de la metalurgia) y 44,4 oficialmente en Gran Bretaña.

A tal punto que la propaganda patronal ha ido hasta construir un slogan: "Trabajar más para trabajar todos". Una sola constatación desde entonces queda válida: el progreso técnico ya no permite, en el marco del sistema social actual, ni un aumento del empleo, ni una reducción de horario. No nos fueron dadas explicaciones sobre cuales son las razones de esa réplica mordaz de la historia a las promesas de la economía política y de la economía de mercado. ¿Cómo entender que en la época donde el progreso técnico conoce una extraordinaria aceleración, que el tren histórico de la reducción de los horarios de trabajo se bloquea y, en más de un país, todavía se invierte? ¿Cuáles son las razones de las empresas de no poner en práctica una disminución de los costos paralelamente a la reducción de los horarios de trabajo? Esa combinación fue largamente practicada, aún cuando ella implicó rudos conflictos de clases en la mitad del siglo XIX. Lo fue todavía a través de enfrentamientos sociales aún

más agudos, en la época del primer taylorismo. Finalmente, se ha puesto también en lugar durante la última fase del ciclo de desarrollo de la posguerra. ¿Por qué se encuentra hoy tan categóricamente excluida como solución general? El pensamiento socioeconómico dominante no puede dar una respuesta convincente a esas preguntas y en la mayoría de los casos no se muestra capaz de plantearlas.

Eso en la medida en que se rechaza a tomar los mecanismos capitalistas, el sistema social de producción capitalista, por lo que es realmente. Incluso cuando este pensamiento hace referencia a leyes que regulan los movimientos del capital y no esconde que se trata de verdaderas y efectivas leyes. Esas últimas están consideradas como leyes de precios, de salarios, del consumo individual, de la circulación monetaria, o de la concurrencia entre empresas, pero nunca como leyes reguladoras de las relaciones sociales específicas que conectan capital y trabajo, como leyes del modo de producción capitalista. En realidad es a este tipo de relaciones y a este nivel que hay que plantear la pregunta para explicar de manera adecuada el enigma de un tiempo de trabajo que ya no puede reducirse de manera sustancial, que muchas veces se alarga, a pesar de la nueva revolución técnica en pleno desarrollo.